

UN RELATO DE CAUTIVIDAD

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1916.

Estoy convencido de que lo más de la literatura que provoca la actual guerra—literatura de ocasión—se hundirá, a luego de hecha la paz, en el olvido. Ni podía ser de otra manera. Pero mientras deje algo, siquiera materiales para que otros trabajen sobre ellos las obras definitivas, o mientras sostenga el ánimo y la fe de los combatientes, bastante ha hecho. Y es injusto pensar que esa literatura sea ociosa y que haya de pasar sin dejar rastro.

Claro está que la historia de una guerra, la verdadera historia, es decir, la artística, es casi imposible escribirla mientras la guerra dura. Hay que ver los hechos a distancia y esclarecidos por sus resultados finales. Sabido es que los soldados que toman parte en una gran batalla son los que menos pueden darnos idea de conjunto de la tal batalla. Cuando al escribir mi novela histórica «Paz en la guerra», para narrar las batallas de Somorrostro, entre liberales y carlistas, en 1874, consulté a personas, de uno y otro bando, que se habían hallado en ellas, saqué muy poco en limpio. El que más preciosos datos me dió fué un aldeano no beligerante, neutral, que había presenciado los combates desde lo alto, desde su caserío situado en la felda de la montaña, como espectador. Pero el que ha asistido a la batalla puede dar un tono emocional. En esa misma novela narré el asedio y bombardeo de mi villa natal, Bilbao, en aquel mismo año y lo narré con profusión de detalles estrictamente históricos recogidos de diarios públicos y privados de aquel tiempo y de la tradición oral, pero si en aquel relato hay alguna emoción y alguna vida íntima, débese, sin duda, a que todos esos datos, toda la visión histórica que me formé del bombardeo, caujó sobre mi visión directa, sobre el recuerdo personal de mi niñez. Pues formé parte, como un niño de diez años, del pueblo bombardeado y oí estallar las bombas, algunas sobre mi cabeza. En la casa en que vivía cayeron y estallaron seis. Había yo vivido el bombardeo y en una edad en que esas terribles y solemnes impresiones se gravan en el fondo, aun virgen, del alma. Escribí el relato cuando ya tenía más de treinta años, veinte después del bombardeo, y dudo mucho de que si teniendo yo los treinta hubiese sido bombardeada esta ciudad en que vivía entonces y hoy vivo, habría podido describirlo como describí el bombardeo de mi villa natal en mi infancia.

«Si vis me flere, dolendum est tibi primum»; «si quieres hacerme llorar es menester que te haya dolido antes», escribió Horacio, y un autor de estética, creo que Vischer, decía comentando estas palabras que hay que apoyarse mucho en el «primum», antes «es menester que te haya dolido antes». Antes, y no en el momento en que me quieres hacer llorar. Y agregaba que no es la mano del calenturiento la más a propósito para describir la fiebre. Los gritos que el dolor arranca tienen poco de artísticos.

Y así en esta guerra los que están empeñados en ella, por ella sufren y la incertidumbre del resultado les tiene el alma en un hilo no se encuentran en el mejor estado de ánimo para narrarnos con eficacia artística su desarrollo.

Además, hundidos en la selva ven los árboles que les rodean, pero no ven la selva como pudiera vérsela desde la ci-

ma de un monte cercano. Y de aquí que las revistas y diarios y las publicaciones de los países beligerantes se nos calgan de las manos a los que, desde fuera de esos países, los leemos. Puede asegurarse que lo más de lo que sobre la guerra se escribe en las naciones en lucha es de muy inferior calidad y de una monotonía desesperante. El trabajo artístico, el que fragua la leyenda y con ella la historia—pues esta no se reduce a documentos oficiales—se hará después que la guerra se haya, con la paz asentada. Y bien pudiera ser que el supremo historiador de esta guerra venga a ser alguno de los niños que hoy asisten, llenos de estupor y de incompreensión, en los países beligerantes, a esta feroz contienda que enciende y abate a sus padres y ve que ellos casi nada comprenden. Porque para esos niños esta guerra es un terrible misterio. Y habrá que ver a aquel pequeñuelo cuyo sueño inocente se ve turbado por el estampido de un obús! Me acuerdo cuando en los primeros días del bombardeo de Bilbao, después de haber blindado con tabloncitos de madera la tienda—una confitería—en que pasábamos los días, al caer una bomba en nuestra calle nos decía mi tío: «al suelo todos!», y nos tendíamos en el suelo, reteniendo de miedo el aliento hasta que la bomba estallase, sin que se me alcance la eficacia de esa precaución. Y tendido en el suelo, reteniendo el aliento, a espera del estallido de la bomba, ¿qué pensaría entonces yo, niño de diez años, que en todo pensaba menos en haber de narrar veinte años después aquella epopeya local!

La literatura de la guerra, es, digo, bastante mediocre en su calidad artística. Y todas las cartas de soldados, escritas desde el frente de batalla, y que se van publicando, no pueden tomarse, a lo sumo, sino como materiales para una obra futura. Y lo peor acaso son los relatos de escritores profesionales, de aquellos escritores de profesión que habiendo ido a hacer la guerra se creen obligados a contarnos inmediatamente sus impresiones de ella. Son preferibles los relatos y crónicas de los escritores espectadores o de los que van a la guerra como corresponsales para narrarla.

Pero ¿quién duda de que entre esos materiales los hay más artísticos que otros, más sugestivos, más maduros, mejor concebidos?

La casa Hachette y compañía, de París, acaba de publicar en sus «Memorias y relatos de la guerra», el diario de un soldado raso francés que

formando parte de una ambulancia fué hecho preso por los alemanes y permaneció un año en cautividad. El libro se titula «Journal d'un simple soldat-Guerre-Captivité-1914-1915», y su autor, quien me ha enviado el libro, es Gastón Rión. A quien yo conocía, desde que me envié, hace más de dos años, su libro «Aux écoules de la France qui vient», libro henchido de sugerencias. Era este el libro de un francés provenzal y protestante, muy provenzal y muy protestante, pero más francés. En ese libro defendía con ardor sus convicciones democráticas y protestantes, de hugonote, de calvinista, contra el aristocratismo y el imperialismo católicos, pero defendía sobre todo a Francia. Hay en el estudio sobre el conde Alberto de Mun, este intransigente católico, lleno de simpatía hacia éste. En tal estudio hablaba de los protestantes «cuya alma está, es cierto, desde ha largo tiempo pronta para el pleno ejercicio de la vida democrática, pero cuya virtud está demasiado desprovista de ternura humana, demasiado poco amable para ser todavía aquello a que está llamado a ser una fuerza de unificación y

de renovación nacionales». Y reconocía que el conde de Mun se hallaba por encima de cotarros católicos o protestantes.

En este otro libro, el de 1913, Gastón Rión, el fervoroso protestante, combatía a los católicos de la derecha, a los imperialistas, a los de la «acción française», que en el fondo no era más que paganos—paganos a la tu desca—pero combatía con igual vigor al anticlericalismo anticristiano. «Los jefes del anticlericalismo—escribía entonces—no participan de la seguridad de las tropas. Han visto que, puesta a prueba, una nación no se alimenta con negaciones y que el triunfo del ateísmo es el derrumbamiento de la república, cuyo asiento es idealista». Revolvíase en aquel libro contra los que en Francia hablaban de decadencia, palabra que encubría un genio corruptor y verdaderamente fúnebre. «Esta palabra—escribía—tiene sus fanáticos. No tienen fe en nada, ni en Dios, ni en su patria, ni en sí mismos, pero creen, sin la menor sombra de duda, en el reino universal de esa sombria diosa a que llaman Decadencia. Este fanatismo sobreabunda.»

Cuando todavía duraban los pobres diablos que nos vanían repitiendo el grotesco estribillo de la decadencia de los pueblos latinos y las tonterías, más o menos etnológicas, de las razas superiores e inferiores—y la más positiva inferioridad de un pueblo es que se crea superior porque eso le impide superiorizarse de veras—Gastón Rión se revolvía contra la doctrina sofística de que la vida de una nación sea de todo punto idéntica a la de un animal y tenga como la de éste su infancia, su virilidad, su decrepitud y su muerte, y que al llegar un pueblo a su vejez esté condenado a muerte.

Contaba que hallándose en un salón oyó afirmar que Alemania tiene treinta años, Inglaterra cincuenta, Francia sesenta y España ciento. Y luego Rión se ponía a defender—de esto hace ya más de dos años—a nuestra España contra esas sofistías de que por haber sido España poderosa, rica y gloriosa en el siglo XVI y haber hecho entonces su agosto, vaya a tener que resignarse a la obscuridad. «Hoy—escribía entonces Rión, refiriéndose a ese pesimismo de los decadentistas—el sistema que ha tenido el honor de encarnar su descontento es de importación alemana: es la teoría de la decadencia de las naciones latinas. Se explica que las hayan inventado los teutonos. Lo que se explica uno menos es que, en su juventud, hombres como Demolins en Francia y Ferrero en Italia le hayan prestado acogida. Aparte de que después se hayan arrepentido de ello públicamente. Pero aunque se hubiesen mantenido en su creencia, el despertar súbito de Italia y de la España del norte habrían mostrado todo lo que tiene de ridículamente caprichosa esa elucubración del orgullo germánico.»

Mucho más y mucho profético, había en aquel libro que hace más de dos años publicó Gastón Rión. Y he aquí que estalla la guerra y va a ella, sirviendo en una ambulancia, y es hecho prisionero y pasa un año de cautividad en un fortaleza bávara y logra escapar y nos cuenta ahora su cautividad. Porque este su libro no es propiamente un relato de campaña, sino unas memorias de cautividad. Tiene algo del libro impreso de Silvio Pellico, pero toda la diferencia de un prisionero de guerra que vive con muchos otros, en vasta comunidad, a un preso político condenado a soledad. Silvio Pellico tuvo que hacer y de de cartujo, de camitaño; Rión la ha hecho de trápense. Pero ¡cuántas veces no echó de menos la soledad! Hay, en efecto, en este libro de Rión unas páginas bellísimas



mas y profundas, escritas el 26 de febrero de 1915, en que echa de menos la soledad. «Si acabara el largo tedio del invierno—escribo—en la casamata piñosa, hedionda y barullera. Si azaban las charlas estériles, las consideraciones estratégicas, las disputas, los gemidos, todo lo que exhala una muchedumbre descontenta, durante largas horas vanas, de aburrimiento animal y de melancolía. ¡Oh, este roimiento de dos meses en la terrible taponada por la nieve, el fango y los vientos helados! ¡Oh, estos dos meses de purgatorio! Sí, ya sé ahora vivir entre hombres, nada más que entre hombres, todos los días, todas las noches, pecho a pecho, cara a cara, uñas a uñas, sin actividades, sin soledad, sin la compañía de las mujeres—esta otra soledad—sí, jese es el purgatorio!» Hay que leer todo el intenso capítulo, sobre lo que es amontonar hombres sin nada de común más que la bandera y sin que gocen de soledad. Y reparad en aquella fina observación de que la compañía de las mujeres es otra soledad. Observación cuyo hondo sentido experimentarán los que hayan gustado la dulce soledad del hogar, la soledad del claustro familiar.

Es, digo, el libro de Gastón Rion un relato de cautividad lleno de páginas de muy fina psicología, pero de psicología artística, sentida, no de esa otra horrible cosa que llaman psicología científica y fraguan a fuerza de estáticas, hombres sin alma en unos llamados laboratorios, de donde salen luego las tonterías de los braquimórenos y los délicorrubios y las razas superiores e inferiores y demás paparruchas sociológicas y antropológicas de la pedantería de origen germánico.

Y este libro se abre por una interesantísima introducción: «Remembranzas de otro viaje»—«Ressouvenirs d'un autre voyage»—en que Rion nos cuenta de otro viaje que antes de la guerra hizo por Alemania y en el que pudo apreciar cuál era la idea que allí se tenía de Francia. Era de la Francia

a que el mismo Rion había combatido en su otro libro, la Francia del desencanto y del decadentismo, la Francia del imperialismo también.

Cuando estuvo Rion en Alemania, antes de la guerra, todos le hablaban, antes de paz, y al preguntaries el porqué se armaban, le respondían: «No tenemos fronteras naturales; nuestras llanuras están abiertas al invasor del este y del oeste; el mercader inglés nos envidia; Francia rehúsa obstinadamente la mano que le tendemos; Rusia se hace panslavista. Cogidos en semejante apretura ¿qué otro remedio nos queda, para asegurar la paz, sino armarnos? Pero no necesitamos guerra. Dentro de veinte años seremos ochenta millones, y ricos. ¿Cree usted que nos haga falta desensivair la espada para representar en el mundo el papel que se nos deba?» Así le hablaban los viejos liberales, así la juventud de ultra Rin, que era liberal. Y, sin embargo, esperando hacerse dueños del mundo pacíficamente, sin disparar un tiro, por su tenacidad y su laboriosidad y su paciencia y sus virtudes de hormiguero, de pueblo económico y apolítico, han desencadenado la guerra. Porque son ellos los que la han desencadenado. Y en rigor de verdad, nada más que por petulancia, por orgullo, por megalomanía, por pedantería. Y por servilismo a una casta feudal dominante.

Rion cuenta lo que le contestó Moritz von Bethmann, un primo del canceller, a quien le echó en cara la acusación de materialismo sobre la nueva Alemania. Y el buen teutón se revolvió contra ello y le retrucó que la juventud alemana era más seria entonces y más exigente en punto a alimento espiritual que la juventud francesa de Agathon y de la «Action française». Y por las palabras de Moritz von

Bethmann, que Rion reproduce, se ve que en Alemania creían que la juventud francesa se estaba haciendo reaccionaria, jurando por la Edad Media, o por el siglo XVII o por Bonald y de Maistre y vituperando la obra del 89. «Muchos alemanes liberales—escribe Rion—han creído de buena fe que la nueva generación francesa era reaccionaria. No sé porqué, pero un joven que llegara de París sin ostentar monarquismo ni clericalismo pasaba a sus ojos por una excepción asombrosa. Y otros le hablaban de Maurras, y de su envergamiento reaccionario. Y cuenta como un profesor de Munich, que era, en el fondo, socialista y miembro secreto de la Democracia Social—«porque no se toleraba en Alemania que se vistiera uno a la vez, y a la luz del día, la librea universitaria y la librea socialista»—le dijo: «Se lo digo a usted con franqueza; es para nosotros un dogma que la Francia generosa y humana ha muerto, pero también que lo mejor de su alma ha entrado en nosotros». Pero estos que creían en la misión de Alemania no invocaban, para legitimarla, el «Faustrecht», el derecho del puño, como los pangermanistas cínicos.

Toda aquella juventud liberal alemana creía, al decir de Rion, en la misión de Alemania, pero en una misión pacífica. Lo que hay es que al ver que pacíficamente no lograban que los demás reconocieran la pretendida superioridad germánica y se les rindieran, se dejaron llevar a la violencia. El principal motor de la guerra ha sido, dígame lo que se quiera, una grotesca megalomanía.

«Por todas partes el mismo «stríbillo»—escribe Rion:—Alemania posee el porvenir! Es el Mesías del arte nuevo; el Mesías de la ciudad socialista; el Mesías del pensamiento moderno, el Mesías de la nueva edad clásica. Sucede a la vieja Francia! Realizará lo que los últimos grandes franceses han soñado. En todos estos jóvenes la crema de la nación germánica, hervía una fuerza extraña, estallaba un nacionalismo fogoso, patético, verdadera religión de la primacía alemana. Creíanla fatal. Venía y se acrecentaba por sí misma, orgánicamente, sin que accidente alguno, bello o no, pudiera ni precipitarla ni retrasarla. Todos irradiaban de esperanza; todos tenían fe en el presente, cálida vendimia de mosto espeso, cuyo perfume embriaga y que va a correr en un vino robusto de que beberán los pueblos.

«Eran sinceros cuando me hablaban de paz—añade Rion.—Yo no sé si ellos eran sinceros, mas lo evidente es que la casta que les gobernaba venía preparando la guerra desde la ctra.

«No se alcanza tal fin sin guerra», escribe muy justamente Rion. Y así es, no cabe sin guerra que un pueblo victuoso a los demás a que se rindan, a que acepten su hegemonía, a que le reconozcan, irrestriictamente, su pretendida superioridad. Uno más fuerte que yo podrá abatirme, podrá derribarme a tierra, pero ni aun poniéndome los pies, calzados de botas de montar, con espuelas, sobre el pecho, podrá obligarme a confesar, si no lo siento, que es superior a mí.

«Sí—escribe Rion,—si Europa se hubiera determinado a la suisión! Si ¡si consintiera el mercader inglés, en hacer quiebra! Sí, ¡si los grandes esclavos consintieran en la servidumbre de sus pequeños hermanos de la Drina! Y mientras los jóvenes liberales soñaban en una hegemonía pacífica, Krupp fundía los del 420, los sargentos modelaban a los reclutas para que temieran al oficial al igual de Dios, y se forjaban en Berlín leyes más fuertes que los socialistas mismos, después de algunas ceremonias, votaban en bloques...» Y más adelante, hablando

de este socialismo alemán, nos dice Rion cómo era una «subburguesía bien portada, poseyente, plácida, sin esa llama revolucionaria que nace de la indignación de la conciencia, y que constituye una burocracia, una jerarquía, una iglesia del dogma marxista y debía su unidad inquebrantable a la completa ausencia de pensamiento y de pasión entre sus miembros.»

Por lo demás, ya se sabe la consigna germánica, la que todos los alemanes—por lo menos los que yo he oído,—repeten maquinalmente, como la lección oficial aprendida, y que no se indignan, no, de que la admitamos los demás. ¡Somos tan torpes...! ¡tan poco inteligentes...! ¡estamos tan mal informados...! ¡tan obcecados...! nos empeñamos de tal modo en no ver la verdad o en mentir, en no decir lo que creemos...! Porque ya se sabe que los que no nos rendimos a su explicación del origen de la guerra, es que somos o ignorantes o tontos. No es posible que un alemán se equivoque; sobre todo cuando sus autoridades oficiales le ilustran. Y menos posible es que falte a la verdad. Somos nosotros, los que somos tan brutos que no nos dejamos civilizar por ellos, somos nosotros los que estamos llenando al mundo de mentiras, los que por envidia y malas pasiones nos erapellamos en calumniarnos. Y la verdad oficial germánica, es decir, la verdad metafísica

y divina—porque no hay más vicario de Dios y vicario infalible sobre la tierra que el kaiser—la verdad litúrgica, es decir, germánica, es que esta guerra la han provocado Inglaterra, Francia y Rusia, sobre todo Inglaterra, que Alemania fue la agredida y no la agresora y que la agredieron después de una larga preparación para ello, como se ha visto (!!!) por envija y nada más que por envidia. Todos los pueblos envidiaban al pueblo alemán, el pueblo modelo, el pueblo escogido por Dios para diseñar y civilizar al mundo, el pueblo de héroes natos que dijo Treitske. Los que mucho antes de la guerra denunciaron el peligro de la «kultur», y su insupportable y petulante pedantería—como me pasó a mí,—eran movidos por la envidia y nada más que por la envidia. Yo, por ejemplo, estaría rabioso al tener que ser español y no poder ser alemán.

Recuerdo una postal que recibí de Alemania, de un amigo alemán y escrita en alemán, al principio de la guerra. «Ay de los perturbadores de la paz! «Weh den Friedstoerern!», se me decía en ella. Y luego: «Contra la barbarie rusa, la vengatividad—«Rachtsuche» francesa y la perfidia inglesa peleamos por nuestra existencia y a la vez por la justicia y la «kultur.» No traduzco esto de «kultur» porque ya hemos quedado en que es intraducible y no responde a nuestra humilde y modesta cultura, con «s» minúscula, redondita, encogidita, civil, modesta y tan lejos de esa K mayúscula con sus cuatro puntas!

Esos jóvenes liberales tudescos, que le dieron a Rion esas seguridades de sus sentimientos pacíficos, eran de la madera de algunos de aquellos profesores que firmaron el vergonzoso manifiesto de los 93. También estos servidores del estado creían antes de estallar la guerra que se les iban a cumplir en paz sus ensueños. Tenía razón Rion cuando le decía al socialista de Munich:

«Seréis famosos sávidos del kaiser, os lo aseguro, los buenos liberales y socialistas! Os figuráis ser adversarios del militarismo; pero, sin saberlo, sois su mejor recurso, su gran cómplice. ¡Sois tan ardientemente patriotas! ¡Crecéis como fanáticos en el des-





tino alemán. ¡Qué poco va de vosotros a los pangermanistas! Queréis la hegemonía sin la guerra; ellos la quieren cueste lo que cueste, hasta a costa de una guerra. ¿Qué es ello? ¡Será tan cómodo, cuando llegue el momento, engañaros!... ¡Le será tan fácil al lobo disfrazarse de cordero, fingirse víctima, hacerse el invadido, dar a la guerra de agresión y de conquista los colores sacrosantos de una guerra de defensa nacional!...

El que quiere la hegemonía quiere la guerra, por muchas protestas de amor a la paz que haga. El que pretende, cegado por el orgullo, ser superior a los demás, acaba siempre en la violencia cuando se siente fuerte. Es que llega un momento en que se irrita de que los demás no le reconozcan la superioridad que él cree axiomática. Y si es terrible un hombre convencido de su propia superioridad sobre los demás hombres, es mucho más terrible un pueblo, porque llega a ocurrir que cada uno de sus miembros, por pertenecer al pretendido pueblo superior, se cree él, individualmente, superior a cualquiera de los miembros de los otros pueblos. Es lo que, poco más o menos, les ocurría a nuestros abuelos, los españoles del siglo XVI. Un brutal orgullo sacudía a la España de Felipe II. Nuestro pueblo se creía entonces el pueblo escogido de Dios. Aquellas cualidades que teníamos en mayor grado que otros pueblos, eran virtudes, y aquellas otras que los otros pueblos tenían en mayor grado que nosotros eran vicios o cosa despreciable. Algo de lo que ahora pasa. Que el alemán es cachazudo y el francés ligero—eso que llaman ligero—luego la cachaza es una virtud y la ligereza un vicio. Y así lo demás.

Todos saben en qué terminó la infatigación española del siglo XVI y cómo vino nuestra decadencia. Y nadie ignora en qué se convirtió, en los nietos, la petulante arrogancia de nuestros abuelos, los que pelearon a las órdenes del duque de Alba. En el siglo XVIII, y más aun en el pasado siglo XIX, el pesimismo era la nota española. No se oía aquí sino repetir que somos un pueblo atrasado, decadido, inculto; un pueblo inferior y sin redención posible. Como aquel orgullo nuestro del siglo XVI no procedía sino de cosas exteriores, de una prosperidad externa, en cuanto ésta quebró dimos en despreciarnos. ¡Y no es de temer que si Alemania sucumbe al fin al peso de sus victorias, los hijos o los nietos de los arrogantes teutones de hoy den en despreciarse? ¡No es de temer que en vez de atenerse a la verdad verdadera, y la verdad verdadera es que forman un pueblo junto a los otros pueblos cultos europeos, ni superior ni inferior a ellos—esto de la superioridad y la inferioridad es, lo repito, pura charlatanería—distinto acaso de ellos, pero llamado a colaborar con ellos, dándoles lo suyo, pero recibiendo lo que ellos le den, completándose, pero completándose con ellos, enseñando y aprendiendo—y aprendiendo tanto por lo menos (yo creo que más) que lo que enseñe—junto a ellos y no sobre ellos—«uber alles!» en vez de atenerse, digo, a esta que es la verdad verdadera no darán por reacción, una vez que hayan sucumbido al peso de sus victorias, en menospreciarse y en confesarse inferiores, como hemos dado nosotros, los españoles, una vez hundida nuestra hegemonía del siglo XVI?

Y luego añadía Rión, dirigiéndose al socialista Munigués: «¡Pero, que, por desgracia, la guerra resulte en pro vuestro! ¡Ay de vuestro ensueño! ¡Cuidado con el idealismo europeo! ¡Cuidado con los dogmas democráticos! ¡Qué desengaño para vuestra «Tugendbund»! Habrán vuelto los buenos días de la Santa Alianza. ¡Cómo vuestros nobles saborearán en paz, en sus casas solitarias, la certidumbre piadosa de que son substancialmente diferentes de los no nobles, y que Dios los ha establecido, 70 años y conductores de hombres desde el hecho mismo en que creó, en los orígenes, al elefante blanco y al tigre real! Y acaso en otros países, en la derrota, nos acordaremos con melancolía de la fórmula de Senbat: «O haceis un rey o haceis la paz», saludaremos a Maurras como a un profeta, nos burlaremos virtuosamente del ensueño cívico, que era toda nuestra gloria, y llenaremos el mundo, vuestro al feudalismo, con los estallidos de nuestro arrepentimiento... Será, sí, un hermoso espectáculo el que Francia reniegue de la gran visión de justicia fraternal con que había enabrigado

a los pueblos... ¿Qué haréis entonces, demócratas alemanes, cuando la madre de toda democracia haya sido vencida? ¿cuándo el único campeón desinteresado del ideal que os anima haya perecido a vuestras propias manos...?

«Por lo demás, estad tranquilos, no queremos morir. Hemos consentido a la ley de los tres años. ¡Consentiremos a la de los cuatro y cinco! Y no digáis que es militarismo. Es el de Valmy mismo. Sabéis bien que no hay en ello segunda intención de agresión y de opresión. Ratificando el acrecentamiento de nuestro ejército es verdad que deseamos de buena gana aplastar la barbarie de los kaiser y los kronprinz, pero nos mantenemos fieles al decreto revolucionario: «¡Votamos la guerra a los tiranos y la paz a los pueblos!»

Así habló Gastón Rión al socialista demócrata Munigués. Y ahora Inglaterra, el país de la civilidad por excelencia, el campeón de ella y de la democracia, el guardián de la libertad de los pueblos, acaba de votar el servicio militar obligatorio. ¡Triste necesidad, a lo que parece! Pero se trata de salvar la libertad civil del mundo.

El libro de Rión tiene un antedúltimo capítulo sobre el pueblo alemán, «le petit peuple», el sencillo pueblo de los campos y la guerra, que merece comentario aparte.

MIGUEL DE UNAMUNO.

